



Ciencias humanas y ética, roles y entrecruzamientos en el siglo XX

Alejandra Raffo

Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
aleraffo@hotmail.com

Resumen:

Este artículo tiene como objetivo el análisis histórico de las concepciones modernas tanto de las ciencias humanas como de la ética. Luego de una breve introducción sobre el origen de ambas, se exploran sus definiciones y alcances en lo social en dos momentos cruciales del siglo XX: durante el liberalismo decimonónico y su colapso (1880 – 1930) y durante la Guerra Fría (1945 – 1989). El fin de este análisis histórico de ambos conceptos es mostrar la relación filosófica entre la concepción del mundo y la definición de las ciencias, prestando especial atención a la segunda etapa analizada, ya que creemos que es cuando la ética moderna se renueva, eliminándose el divorcio entre la ciencia o el espacio de la razón teórica y la ética o terreno de la razón práctica. Ambas etapas son ejemplificadas con hechos históricos tanto nacionales como internacionales.

Palabras clave: ciencia, ética, revolución cultural, paradigmas, historia.

**Abstract:****Human Sciences and Ethics, roles and intertwinings in the 20th century**

This article has the objective to analyze historically the modern conceptions of human sciences and ethics. After a brief introduction about the origin of both, we explore their definitions and attains in society during two crucial moments in the twentieth century: during the eighteenth hundred Liberalism and its collapse (1880 – 1930) and through the Cold War (1945-1989). The aim of this historical study of both concepts is to show the philosophical relationship between the vision of the world and the definition of sciences, paying a special attention to the second period of the study, since we think that the definition of ethics is renovated by finishing the divorce between science or the space of theory and ethics or zone of practice of the reason. Both periods are being exemplified by historical facts from national and international contexts.

Key words: science, ethics, cultural revolution, paradigms, history.

Fecha de recepción: febrero de 2010

Versión final: marzo de 2010



Introducción: el nacimiento de la ética moderna

Desde la antigüedad hasta hoy el hombre siempre se ha preguntado cómo realizar acciones que enaltezcan o produzcan un bien tanto a sí mismo como a la humanidad; sin embargo, las respuestas han variado de acuerdo a los momentos históricos. Dichas respuestas han estado estrechamente relacionadas con una forma de cosmovisión particular. Por lo tanto, las definiciones en torno a cómo llevar una vida buena siempre se relacionaron con la moral. La ética encierra no solo un conjunto de enunciados sino también su aplicación en la conducta, individual y social.

En la Grecia clásica, ya Sócrates planteaba la noción de conciencia individual pero en otros términos. El logos era parte constitutiva del cosmos que en ocasiones se internalizaba en la persona humana y dirigía su conducta. Por lo tanto, se la veía como algo objetivo, cuestión que no deberíamos dejar de lado ya que plantea la unión entre teoría y práctica de la razón.

Es entre los siglos XVII y XVIII cuando se constituye el sujeto individual y la conciencia moral se vuelve parte constitutiva de la conciencia de un individuo, es decir que la conciencia se internaliza en la persona. Es el sujeto autónomo quien ejerce sus acciones, se vuelve responsable último de ellas. La autonomía entendida como la autodeterminación de las acciones personales con respecto al mundo es una conquista social de la modernidad e implica un valor del individuo frente al poder político principalmente. Aparecieron corrientes que trabajaron sobre la moral de los individuos en una clara oposición a la tendencia política de los absolutismos monárquicos (Kant, 1978; Mill, 1945).

Otra conquista social que desde aquí se desgajó fue la distinción entre razón humana y naturaleza (razón práctica y razón teórica tal como lo definió Kant). De este modo la naturaleza se convirtió en el terreno a explorar por el hombre de ciencia para la constitución de su teoría. Llegamos así a las aplicaciones de la razón humana sobre la naturaleza y los criterios de su utilización. Es el momento también en el que surge la ciencia como camino hacia la naturaleza verdadera. El trabajo científico en sus inicios estaba indirectamente influenciado por el protestantismo y el puritanismo; por lo tanto, se consideraba que la ciencia iba a proporcionar el camino hacia Dios o que a través de la observación de la naturaleza se podían hallar los propósitos divinos respecto del mundo. El terreno de la razón práctica era reservado a las acciones de los hombres en sociedad. Durante esos siglos observamos que en las diversas corrientes filosóficas se discutían temas similares con resultados diversos: la libertad del individuo y la autonomía de sus acciones como también hasta qué punto la ética debía regir como el límite de la acción del hombre sobre la naturaleza u otros individuos, y bajo qué formas debía actuar.



Según el filósofo francés Michel Foucault, quien analiza el surgimiento de las ciencias humanas, en el siglo XVIII se produce la matriz de lo que luego se conocerá como profesiones. Esta matriz está compuesta por el advenimiento del liberalismo burgués en la Europa moderna, las ideologías del progreso e individualismo y la intensificación de la burocratización (Goldstein, 1984). El Estado estableció rutinas para el reconocimiento de la individualidad de los miembros de una sociedad con el fin de poder identificar su accionar y controlarlos de manera más eficaz. Estas rutinas se transformaron en disciplinas antes de su vinculación con la ciencia a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Foucault toma la definición de disciplinas del medioevo, entendidas como la dirección moral a la cual un individuo se somete (Goldstein, 1984). Las disciplinas produjeron cierto poder al que se denomina poder del conocimiento. Según Foucault, este poder de control surgió antes de la constitución de la profesión y está formado por dos niveles: no-discursivo y discursivo. El nivel no-discursivo es primario y principal en la constitución de las disciplinas o "proto-profesiones", ya que detrás del componente intelectual de las disciplinas o nivel discursivo se esconde la metodología científica de la "observación" para extraer información, base de la construcción discursiva del conocimiento disciplinar, anterior a la constitución de cualquier profesión. A través de este doble proceso no-discursivo y discursivo, la disciplina ejerce un particular control sociológico que puede llegar incluso a competir con el poder político del Estado (Goldstein, 1984).

El trabajo que se presenta a continuación tiene como objetivo analizar las definiciones de las ciencias humanas y la ética, así como sus relaciones en dos momentos cruciales de la historia contemporánea del pensamiento humano: en primer lugar abordamos la concepción del mundo a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, donde se observa la delimitación de los campos del saber en ciencias naturales, sociales y las humanidades; es el momento cuando surgen las profesiones, y es posible observar claramente los espacios de juego tanto de la ciencia como de la ética. En segundo lugar, trataremos de analizar comparativamente los postulados de la primer parte de la trabajo en función de la reconfiguración del pensamiento humano a mediados del siglo XX y principalmente en los años sesenta. Es precisamente en esta segunda etapa donde podemos observar una revolución del pensamiento que tiene alcances hasta el día de hoy en muchos aspectos. En esta revolución producida por la creciente tecnologización es posible observar una redefinición de los alcances y límites de la concepción de las ciencias humanas con relación a la tecnología, como así también una reconfiguración de la definición de la ética. La ética no va a tener una función aparte de las acciones científicas, sino que se observa un liderazgo de la ética en los principios intelectuales de investigación científica a través de la vinculación con las humanidades y las ciencias sociales en general. De esta manera, la definición de la ética va a ser reconfigurada en función de las nuevas maneras de conocer la realidad.



Hemos hecho una síntesis de los principales puntos de estos dos momentos históricos del siglo XX a nivel mundial; sin embargo, hemos tomado como ejemplo el caso argentino para ambas etapas. El objetivo de haber tomado el contexto nacional es que tanto entre 1880 y 1930 como entre 1955 y 1966 se produjo una coincidencia entre los avances internacionales y momentos de transformación social y económica en el país. En ambos casos el país estaba susceptible de dialogar con los avances internacionales lo que nos mostrará el grado de incidencia de los avances científicos y su interpretación en los ámbitos locales y regionales.

Parte I: las ciencias y la ética en el siglo XIX y XX

Como dijimos más arriba, las ciencias humanas tienen su origen en la modernidad, pero no es hasta fines del siglo XIX cuando se produce el corpus de conocimiento propio a través del estudio de la sociedad de manera sistemática por su vinculación con la ciencia. Por lo tanto, las profesiones se vuelven “científicas” de tal manera que constituyen códigos de acceso a su puesta en práctica o rituales de consagración interpretados como criterios basados en la experiencia previa e institucionalizados para un público masivo que luego de su apropiación son puestos en práctica de manera determinada a través del ejercicio profesional en la sociedad. Son formas prácticas de la razón que se denominaban en ese contexto como científicas. El conocimiento científico era producto de ese ritual y por lo tanto las formas de enseñanza de esos conocimientos determinaban la puesta en práctica de la ciencia en la sociedad. Para que las ciencias pudieran alcanzar esta categoría tuvieron que ser legitimadas por el poder político. No es coincidencia que la institucionalización de las ciencias tuvieran su relación con el surgimiento de los estados nacionales.

El positivismo, base científica predominante del siglo XIX, promulgaba que la ciencia social era una suerte de guía práctica para la acción como también un poder técnico que sustentaba a la nueva sociedad industrial. En contrapartida se produjo un “desencantamiento del mundo”, según palabras de Max Weber, ya que todo era calculable y previsible, entonces no había lugar para una valoración espiritual. La ciencia se vinculaba con el conocimiento tecnológico y de esa unión surgió triunfadora ante toda otra forma de saber. Siguiendo esta línea materialista, aparecieron críticos de aquel ideal positivo del progreso indefinido. Primero Marx y luego Freud dudaron de la autonomía absoluta de la razón. Ellos sostuvieron que el hombre no era consciente de sus acciones y que la historia respondía a móviles por arriba de las propias acciones de los individuos. De esta manera se avocaron al análisis de los condicionamientos histórico sociales, para el caso de Marx; y la voluntad de poder en los



estudios de Nietzsche. El surgimiento del psicoanálisis terminó de herir la susceptibilidad narcisista cuando Freud comenzó a interpretar las pulsiones inconscientes.

Podemos observar cómo se produjo esta evolución de las ciencias humanas en la historia de la Argentina moderna. A fines del siglo XIX en la Argentina las transformaciones conocidas como la modernización convirtieron al país en un Estado Nación exportador de carnes y cereales. Sin embargo, y según la visión histórica más consensuada, para llegar a esta modernización el país debió sufrir una serie de modificaciones tanto a nivel geográfico, político, económico y principalmente social como la subordinación de los poderes provinciales al poder nacional; la centralización de la producción económica en las llamadas tierras fértiles; el desarrollo de medios de transporte y comunicación y una política inmigratoria ultramarina como mano de obra para dicha construcción (Oszlak, 1985). Para esto, fue necesario el consenso tanto a nivel interno como externo, principalmente a través de la inversión del capital extranjero en el país. Como contrapartida se produjeron una serie de conflictos en la disputa de poder entre la sociedad civil y el nuevo Estado. En particular este último: a fin de consolidarse ante la sociedad debió intervenirla, involucrándose en áreas problemáticas o “cuestiones” frente a las que adoptó diferentes posiciones y recursos. Con respecto a la “cuestión social”, Mirta Lobato sostiene que fue uno de los problemas cruciales tanto para la sociedad como para el Estado. Implicó la creación y puesta en juego de actores diferenciados que conformaron el aparato estatal y los mismos, en una relación conflictiva con la sociedad civil, dirimieron los ámbitos de competencia sobre los temas que integraron las problemáticas sociales producidos como consecuencia de la modernización: el hacinamiento, las enfermedades infectocontagiosas como el cólera, la lepra, la sífilis, la tuberculosis, etc. (Lobato, 1996). A nivel de la sociedad civil, Eduardo Zimmermann sostiene que a partir de la década de 1890 -época de una crisis financiera internacional- se produjo una transformación en la ideología liberal de la burguesía que había liderado la modernización, y una parte de ella comienza a preocuparse por la cuestión social. Zimmermann define a este sector de la burguesía como liberales reformistas y los caracteriza como profesionales con una fuerte vocación de vida intelectual que los habilita a ser portadores de una autoridad simbólica, institucionalizada a través de la Academia (conjunto de instituciones educativas oficiales o privadas, universidades, centros de investigación, colegios profesionales, revistas, etc., que dictan una suerte de “canon” en la opinión pública). Se los denominan reformistas por orientar la solución de los problemas en un camino intermedio entre el *laissez-faire* y el socialismo de Estado, acentuando la importancia de la ciencia como guía de las políticas de gobierno (Zimmermann, 1992).

A partir de aquí nos encontramos con un dilema entre el predominio de la visión del experto, aquel que se basa en la eficiencia del ejercicio de su práctica como única manera de realizar el bien común, y el de la visión del intelectual, quien puede ir un poco más allá del



experto al realizar una crítica a su propio trabajo para mejorar los efectos sociales de su realización. Este dilema se presentó a fines del siglo XIX y principios del siglo XX entre aquellos profesionales, en particular médicos y abogados, miembros de la burguesía que lideraba las transformaciones dirigidas por el Estado Nacional, quienes comenzaron a observar las falencias que dichas transformaciones producían a nivel local y regional. De esta manera fundaron instituciones o espacios intermedios entre el Estado y la sociedad civil para paliar estas falencias. Estas instituciones se convirtieron en espacios autónomos desde donde estos intelectuales podían ejercer más libremente su profesión. Tomando como ejemplo el ejercicio de la medicina, en un principio la fundación de estos espacios era solamente para paliar dichas deficiencias, como en el caso de la Liga Argentina contra la Tuberculosis que fue fundada y dirigida por Emilio Coni en 1901. El discurso higienista era predominante para la época y estaba directamente relacionado con la Asistencia Pública; sin embargo, faltaba el seguimiento de los casos individuales que implicaban no solo la difusión pública de medidas preventivas sino también la asistencia humanitaria al enfermo. La población destinataria estaba constituida especialmente por los indigentes y sectores pobres de la ciudad, quienes vivían en las peores condiciones de higiene y para quienes el tratamiento higiénico-dietético aplicado era deficiente. Estos mismos pobres eran los enfermos crónicos de la sociedad. Ante estas circunstancias se trataba de aislar el enfermo de su entorno, privilegiando la relación individualizada con el especialista, cubriendo la fase científica –al estudiar minuciosamente al paciente- sin por ello dejar de lado la fase humanitaria, por la cual se garantizaba el retorno del enfermo (Álvarez, 1940).

Las primeras décadas del siglo XX estaban mostrando que ni las leyes positivas ni las del mercado podían resolver por sí solas los conflictos sociales. La Primera Guerra Mundial reconfiguraba la escena internacional, poniendo en crisis los ideales del liberalismo decimonónico y dando apertura a movimientos fascistas. Tanto los sociólogos positivos como los críticos tenían un punto en común: negaban la existencia de un condicionante metafísico en sus análisis, como si existiera un divorcio de hecho entre la ciencia y el espíritu. La ciencia como todo trabajo intelectual, según los términos de Max Weber, sólo podía funcionar separada de la divinidad. Weber, con su célebre frase del desencantamiento del mundo, quería mostrar que la ciencia entendida en los términos de fines del siglo XIX no podía dar un sentido al mundo ni tampoco había lugar en la ciencia para tal sentido (Weber, 1967). La teoría de la ciencia carecía del sentido para darnos respuestas hacia qué era lo que debíamos hacer y cómo debíamos vivir. La razón principal de esta falencia de la ciencia se encontraba en los fundamentos de la misma de fines del siglo XIX y comienzos del XX: la lógica y la metodología, ya que estaban desvinculadas la teoría de la práctica, siendo solamente considerados de manera teórica dichos resultados como cuestiones “importantes” o dignas de ser sabidas.



Parte II: los años sesenta y su legado

A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial y principalmente en los años sesenta se inició en Europa y América una revisión de los alcances del conocimiento científico y sus consecuencias en la sociedad y la naturaleza. Asistimos no solo a una revolución cultural fruto de las transformaciones dejadas en la sociedad por la guerra sino también a las primeras preocupaciones sobre las consecuencias de los avances científicos, como fue la posibilidad de destrucción masiva a través de la utilización de armas nucleares. Dicha revolución transformó las estructuras básicas de la sociedad de principios del siglo XX en la que, según el historiador Eric Hobsbawm, el individuo tenía asignados papeles predeterminados en una sociedad de clásicas normas de conducta. La guerra quebró dichas relaciones sociales y esto era visto en la época como un gran desequilibrio intergeneracional, ya que los códigos heredados del pasado dejaban de ser válidos en esta nueva sociedad (Hobsbawm, 1997). Apareció entonces una nueva corriente de pensamiento que intentó llenar ese vacío. Esa corriente provino de una renovación de las ciencias, se conoció con el nombre de humanismo integral, y se definió como la confluencia de todos los saberes -tanto de las humanidades, como también de las ciencias sociales y naturales- en función de las necesidades del hombre; es decir que se colocaba al hombre en primer lugar y se lo relacionaba con dichas herramientas a partir de las problemáticas o necesidades que pudiera tener. Este nuevo enfoque de las ciencias formó parte de una nueva visión del mundo, la cual se centró en el estudio de las acciones humanas en su entorno particular sin descuidar el enfoque global o totalizador, ya que el análisis de lo particular podría llegar a develar indicios de la realidad que en el modelo utilizado en la etapa anterior eran imposibles de reconocer (Guinzburg, 1989).

Una de las primeras consecuencias de esta nueva concepción filosófica del mundo fue un vuelco al estudio de la relación y consecuencias dejadas por los avances científicos en la naturaleza. La ética se redefine entonces en relación a este nuevo paradigma, pasando a convertirse en el elemento directriz de las nuevas ciencias. Según Eric Hobsbawm para esta época lo esencial no era el grado de libertad en cuanto a la investigación científica por el hecho de que en sí la investigación estaba limitada en cuanto a los recursos financieros por su cada vez más alto costo. La gran mayoría de los científicos trabajaban para el gobierno, por lo tanto no existían investigaciones puras, sino que las mismas estaban orientadas a lo que fuera útil en términos sociales y económicos. Hobsbawm continúa diciendo que a esa altura las ciencias se habían vuelto tan poderosas e indispensables para dejarlas actuar con libertad; por lo tanto, la mayoría de los estados apoyaron las ciencias en pos de una verdad instrumental (Hobsbawm, 1997). Como vimos en la primera etapa, el conocimiento científico se había institucionalizado para ser reconocido por el poder estatal; por lo tanto, la renovación de dicho conocimiento en



esta etapa se produjo principalmente al interior de las instituciones universitarias europeas y americanas. Dicha renovación implicó un mantenimiento de la estructura interna básica que va a ser complejizada a través del trabajo en equipo y del fomento de los trabajos interdisciplinarios. La herramienta fundamental para la diferenciación con la etapa anterior fue la crítica. Es el momento de aparición del intelectual crítico, o aquél que estaba pensando en su propia realidad como problemáticas, que le permitía investigar en campos de gestión o de acción (Arecos, entrevista personal, noviembre 2004).

Para adentrarnos en el contexto nacional de la época debemos hacer referencia a algunos hechos históricos para poder entender cómo apareció esta revolución cultural en el movimiento intelectual de los años sesenta en la Argentina y el grado de implicancia de esta nueva visión del conocimiento en las universidades argentinas.

Entre fines de 1955 y principios de 1956, el gobierno provisional instaurado luego del golpe militar o Revolución Libertadora tuvo como objetivo explícito el devolver la autonomía universitaria. Se tenía muy presente a la Universidad como uno de los actores principales para la reformulación del país luego del régimen peronista. Esta situación coincidió con la transformación en la estructura productiva, con importantes influencias en el mercado de trabajo. Según Susana Belmartino, durante el período 1955 -1966 el modelo distribucionista, que había otorgado un papel preponderante al Estado y a los sindicatos, es sustituido por el desarrollista (Belmartino, 1991). Según los cánones desarrollistas, la condición previa para la distribución era asegurar las condiciones de producción. Para ello, el Estado estableció una alianza con la libre empresa para llevar a cabo esta transformación (Belmartino, 1991). A nivel superior, desde 1955 se llevó adelante una gran discusión acerca de la función de la universidad y por ende su misión y especialmente su misión social: su ideal como institución y los conflictos o falencias que impedían alcanzar esos ideales. En la discusión se puso en juego no sólo la forma de gobierno de la universidad sino también la constitución de su estatuto, los programas de estudio, la conducta de los profesores y estudiantes, las investigaciones y la vinculación de la universidad con otras empresas a nivel nacional e internacional con una orientación moderna y progresista. Si por un lado en los discursos de los ministros e interventores de la universidad es constante el ideal de acercarla "humanamente" a la comunidad; por el otro, se produjo una reducción del gasto público que impactó en áreas tan cruciales como son la educación y la salud. A partir del momento de traspaso del poder a los civiles, luego de 1957, los discursos de los flamantes rectores de las universidades elegidos por el gobierno tripartito de profesores-estudiantes y egresados se volcaron a actualizar a la universidad con los parámetros internacionales. Con respecto a la Universidad Nacional del Litoral, asumió como rector Josué Gollán. En el discurso pronunciado al asumir como rector, el 3 de octubre de 1957, reconoció que la eficiencia de la universidad no se lograba con nuevos



estatutos sino con la colaboración mutua de los profesores y los estudiantes. Además el método científico debía ser revalorizado como motor propulsor de la educación democrática y actualizado con un re-equipamiento y mejores condiciones de trabajo. En esta nueva modernización, señaló Gollán, el nivel científico y la capacidad técnica serían los factores determinantes del poderío e independencia económica de las naciones (Gollán, 1957). Así, el rector puso énfasis en tratar de colocar a la universidad a la altura de los avances tecnológicos. En dichos discursos abunda el término “revolución tecnológica”, que era definido por la conjunción del nivel científico y la capacidad técnica como los factores determinantes del poderío e independencia económica de las naciones. Definió esta revolución como la concurrencia del saber de científicos puros, ingenieros, médicos, psicólogos y economistas (Gollán, 1957). Recordemos que en la Argentina la modernización fue impulsada por el gobierno de Arturo Frondizi. La política frondizista buscaba integrar a lo ancho y largo del país las fuerzas productivas de cada región en un gran proyecto nacional. Sin embargo, la base económica de esta modernización eran los capitales extranjeros. Dichos capitales impulsaron la producción en la industria pesada creando una diferenciación y retroceso con respecto a la industria nacional. La brecha produjo una visión negativa por parte de la sociedad, que estaba en un debate entre el desarrollismo y la dependencia (Romero, 2001). A nivel universitario este conflicto se tradujo en la discusión entre la enseñanza laica o libre a raíz de la sanción de la ley nacional que autorizaba la creación de las universidades privadas. El rector de la Universidad Nacional del Litoral, Josue Gollán, reformuló entonces su visión sobre la re-estructuración universitaria: la universidad tenía como misión el incremento y mejoramiento de la producción, pero destinado hacia el progreso espiritual del hombre. El remedio para la crisis argentina era, según el rector, recuperar los valores morales. De esta manera, es decir, por medio de la cultura y el buen uso de la inteligencia, se recuperaría la autonomía perdida, y la única manera de alcanzarla de una buena vez era por medio del reconocimiento de la sociedad para la cual la institución había sido creada:

“La universidad, pues, no debe limitarse a formar profesionales, científicos y técnicos capaces; tiene que contribuir también a formar hombres en un sentido integral; hombres que consideren a su profesión como un servicio social y no exclusivamente como medio de subsistencia.” (Gollán, 1960, p. 9)

En medio de estas redefiniciones se encontrará la universidad argentina hasta el año 1966, momento en el que el golpe militar de Onganía impulsa la renuncia masiva de profesores universitarios que habían sido partícipes de esta renovación.



A finales de la década de los ochenta del siglo XX y principalmente en la década de los noventa asistimos a la aparición de una era llamada “pos-modernidad” que se caracterizó por la muerte de las ideologías, los valores absolutos o las certezas que habían regido a la sociedad hasta ese momento. Este fenómeno se produjo por la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría. Así, a una “posmodernidad” le correspondió una “posmoralidad”, y se definió como la ausencia de valores absolutos, fundamentales y trascendentes. Los valores se tornaron “contextuales”, es decir solo referentes al grupo o comunidad de donde surgen. De esta manera nos encontramos con una pluralidad de valores relevantes solo para ese grupo, es decir que se ha perdido la noción moderna de universalidad. A esta posición le siguió una reacción llamada “ética de la resistencia”, cuyo principal exponente es Alain Badiou. Este autor sostiene que no debemos ceder ante los planteos posmoralistas que se constituyen por su alto grado de relativismo, sino buscar una ética de las verdades constituida no sólo por una sola verdad nacida de las ciencias sino incluirle otros orígenes desde la política, el arte y el amor. Rescatar la dimensión de universalidad de la verdad aún en sus particularidades (Badiou, 1999). Lo que Badiou nos está queriendo decir es que tenemos que volver a la reflexión intelectual; ya que detrás de este juego de opuestos entre modernidad-posmodernidad existe una gran simplificación, por eso debemos volver al planteo moderno del hombre como el centro de todas las cosas. Esta visión tiene sus raíces en el legado de la intelectualidad crítica de los años sesenta: más allá de que se busque lo particular, siempre va a estar ligado al contexto general o global, que en términos filosóficos se define como lo universal. La defensa del pensamiento por la verdad en las ideas que nos llevará ineludiblemente al debate, la indagación, la búsqueda de lo que nos inquieta para entender nuestro presente.

Conclusión

Como hemos podido ver hasta ahora, hay una clara relación entre la concepción filosófica del mundo y la construcción del conocimiento y aplicación del mismo para lograr el bienestar. Esta relación no implica una relativización de los conceptos que hemos analizado en este trabajo; por el contrario, intenta brindar un enfoque contextual que explique las relaciones entre los productores del conocimiento y los otros actores, sea desde lo político, lo económico o lo social. Esta visión relacional nos ayuda además a obtener una visión más enriquecida de los momentos de transformación cultural para poder reconocer mejor aquellos indicios de cambio de los paradigmas.

En pocas palabras, hemos observado como los conceptos de la ética moderna y de las ciencias humanas se han originado en espacios antagónicos: el primero, relacionado con la



ciencia heroica ya que estaba centrado en el trabajo individual en pos de eliminar los elementos mágicos de la ciencia en clara oposición con el poder monárquico; mientras que el segundo tiene su origen en el disciplinamiento social del Estado absolutista y se institucionalizó gracias al amparo del poder político. Sin embargo, no debemos olvidar que el talón de Aquiles ha sido la construcción de la autonomía profesional como el espacio individual de interacción del experto con su objeto de estudio. Así, en la primera parte del trabajo pudimos apreciar la existencia de un claro divorcio entre la ética y la ciencia de una manera que no lo conocemos actualmente. Esta visión era heredera de la modernidad y se había acentuado gracias a la revolución industrial y a la consiguiente mecanización de las relaciones sociales. Todo se tornó calculable y previsible. En otras palabras, los problemas sociales derivados de la modernización, como hemos podido ver en el caso argentino arriba presentado, no eran solucionados a través de la aplicación de la ciencia sino más bien de la ética. La ciencia sólo tenía una función en el plano teórico más que en el práctico: estudiaba a la sociedad, otorgando una serie de conocimientos que eran almacenados de manera sistemática para obtener el saber de la misma. Por otro lado, la ética entre fines del siglo XIX y principios del XX es concebida sólo por su faz humanitaria como un espacio de resolución de los desfasajes del sistema. Debemos reconocer que bajo esta fase "humanitaria", se escondía la ciencia heroica o la práctica individualizada que se entendía como la fase primaria de estudio de lo social. Esta fase no era valorada en ese momento histórico ya que sus resultados no eran calculables. Lo que estaba realmente en juego eran los fundamentos teóricos del saber. Por lo tanto, la ética no estaba incorporada a la profesión sino que tenía su propia esfera de acción, un espacio que era compartido en muchas veces con otros actores sociales. Como vimos en el trabajo, la ética era sinónimo de asistencialismo para el caso de la medicina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, y no se concebía que la ciencia pudiera paliar dichas deficiencias hasta luego de la Primera Guerra Mundial con los inicios de la microbiología. Sin embargo, en la etapa posterior del análisis encontramos el fenómeno contrario, por el hecho de que las disciplinas ya se encontraban reconocidas a nivel social y habían obtenido su espacio propio de acción. La ética es entonces incorporada a la disciplina. El paso del modelo sistemático de estudio de la realidad al paradigma indicial permitió revalorizar el componente individual y recortarlo del entorno a manera de diferenciación e identificación de una variación de lo general. En otras palabras, en este momento se produce un nuevo paradigma, el cual se orientaba al rescate de lo individual, entendido como lo natural del individuo por afuera de las normas sociales y culturales que fueron aprendidas en sociedad. A partir de aquí observamos que se producen los primeros pasos para ir más allá de la dicotomía entre la razón teórica y la razón práctica, por enfocar el estudio en lo irracional tanto en el terreno de la sociedad como en el de la naturaleza. Creemos que al privilegiarse el estudio de la relación del hombre con su entorno se dio paso al estudio



de las influencias y relaciones entre lo que anteriormente se habían concebido como dos espacios alejados o antagónicos en su manera de vivir: naturaleza y sociedad. Por lo tanto, la tecnologización no produjo una mayor pobreza espiritual sino la reformulación de la visión del mundo del Estado Nación a una comunidad global o aldea mundial.

Por último, en la actualidad hay una mayor circulación de la información a un gran número de personas que ha reforzado entre otras cuestiones esta concepción de un futuro común o compartido, cobrando una imagen más familiar la idea de universalidad.

Los alcances de las problemáticas del medio ambiente, como las inundaciones, fuertes tormentas o sequías, afectan a todos por igual. Actualmente somos testigos, a través de la simultaneidad de los medios de comunicación, no sólo del reconocimiento del uso indebido de los recursos naturales, sino también de los avances tecnológicos tendientes a proteger al medio ambiente. También hoy se tiende a categorizar como universal a esta problemática, en un doble registro horizontal y simultáneo, ya que el término no sólo se restringe al ámbito local sino que también incorpora a la región circundante y al mundo. Podemos observar entonces el legado de la segunda etapa actualizado en las problemáticas del medio ambiente. Sin embargo, podemos advertir que el trabajo interdisciplinario o en equipo puede conducir a la burocratización o proletarización de las profesiones. Es necesario entonces observar la tendencia empresarial para que la adquisición de recursos financieros para la investigación no deje de lado la autoridad de la profesión. Sólo la defensa de la verdad a través del diálogo permitirá a las profesiones mantenerse en la senda de la ética.



Bibliografía

- Álvarez, C. (1940). *La Liga Argentina contra la Tuberculosis de Rosario*. Manuscrito no publicado. Rosario, Argentina.
- Areces, N. (2004), entrevista personal, 24 de noviembre de 2004.
- Badiou, A. (1999). *Reflexiones sobre nuestro tiempo. Interrogantes acerca de la ética, la política y la experiencia de lo inhumano*. Buenos Aires: Ed. del cifrado.
- Belmartino, S. (1991). Políticas de salud en Argentina: una perspectiva histórica. *Cuadernos Médico Sociales*, (55), 13-33.
- Goldstein, J. (1984). Foucault among the sociologists: the "disciplines" and the history of the professions. *History and theory*, vol. XXIII (2), 170-192.
- Gollán, J. (1957). El gran cambio. *Universidad*, (36), Diciembre, Santa Fe: Publicación de la Universidad Nacional del Litoral, 17-31.
- Gollán, J. (1960). Problemas universitarios. *Universidad*, (43), Enero-Marzo, Santa Fe: Publicación de la Universidad Nacional del Litoral, 5-12.
- Guinzburg, C. (1989). *Mitos, Emblemas, Indicios*. Barcelona: Gedisa.
- Hobsbawm, E. (1997). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Kant, E. (1978). *Cimentación para la metafísica de las costumbres*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lobato, M. (1996). *Política, médicos y enfermedades*. Mar del Plata: Biblos.
- Mill, J. S. (1945). *El Utilitarismo*. Buenos Aires: Americalee.
- Oszlak, O. (1985). *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires: Ed. Belgrano.
- Romero, L. A. (2001). *Breve historia contemporánea de la Argentina* (2º Edición revisada y actualizada). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1967). *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza.
- Zimmermann, E. (1992). Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal. Argentina 1890 – 1916. *Desarrollo Económico*, vol. 31, (124), Enero – Marzo, 545-563.